

CAPÍTULO II.

EL DERECHO INTERNACIONAL DE LA ANTIGÜEDAD.

SECCION I.^a— EL HECHO.

§ I. — El derecho de guerra.

N.º 1. — La guerra.

La paz es hoy considerada como el estado natural del género humano. En la antigüedad, la guerra era la condicion natural de los pueblos (1), y la paz era una excepcion que, solamente consagrada por un tratado, podia existir. Los antiguos ignoraban la existencia de un lazo de derecho y de humanidad entre los hombres; los deberes que nosotros hacemos derivar de la naturaleza humana, eran para ellos el resultado de un convenio (2); de aquí la grande importancia que daban á los tratados: los consideraban como la base del orden social (3). El reinado de la guerra entre los pueblos, mientras no contraen obligacion de observar la paz, significa que la fuerza física, la fuerza bruta, es la ley de las sociedades humanas. Tal era, en efecto, la creencia de la antigüedad.

(1) Πόλεμος ἀεὶ πάσι διὰ βίου ζυνεχῆ; ἐστὶ πρὸς ἀπάσας τὰς πόλεις. PLAT., *De leg.*, I, 625, E.

(2) HEFFTER, *De antiquo jure gentium*, p. 3, s.

(3) ISOCRAT., adv. *Callim.*, § 27, 19: ὥστε τὰ πλεῖστα τοῦ βίου καὶ τοῖς Ἕλλησι καὶ τοῖς βαρβάροις διὰ συνθηκῶν εἶναι. ταῦται γὰρ πιστεύοντες καὶ τὰς ἰδίας ἔχθρας καὶ τοὺς κοινούς πολέμους διαλύμεθα... κ. τ. λ.

Los artistas expresaban el poder y las cualidades morales por lo elevado de la estatura (1). Este símbolo era universalmente aceptado: « Cuando Saul, el futuro rey de los Judíos, fué conducido ante el pueblo, levantaba su cabeza por encima de todos los demas. Hé aquí, dijo Samuel, el elegido del Señor; no hay en todo el pueblo otro que se le parezca » (2).

Los Etiopes no consideraban digno de ceñir la corona sino á aquel que aventajaba á los demas en la estatura y cuya fuerza guardaba proporción con la misma (3). La fuerza dominaba en los gobiernos y en las relaciones de los pueblos. La misma palabra que designa la superioridad de las fuerzas físicas, denotaba tambien la virtud, la superioridad moral: la *aristocracia* se deriva del *derecho del más fuerte*. La fuerza se presenta siempre, áun cuando parezca subordinada á la razon. Las teocracias se fundan en un principio puramente racional, y sin embargo, el legislador indio declara que la fuerza es el único lazo de la sociedad (4). *Tácito* resume la creencia del mundo antiguo, diciendo que *la gloria de la justicia corresponde al más fuerte* (5).

Los antiguos no concebían más ley que la fuerza para las relaciones de los hombres, porque no tenían conciencia de la unidad humana. Les falta, por consiguiente, el sentimiento de la humanidad, y esta falta se nota en la religion, en la familia, en las leyes. El culto está ensangrentado por los sacrificios humanos. Esta horrible costumbre existía, no solamente entre los Bárbaros, los Galos, los Germanos, los Escitas, los Pelasgos, sino en todos los pueblos de aquella edad. La raza fenicia, la más industriosa del mundo antiguo, era al mismo tiempo la más cruel; sacrificaba á los dioses lo que es más caro al hombre, su propia sangre, á fin de tenerlos propicios. Los Griegos, cuya dulzura de costumbres

(1) *Descripcion del Egipto*, t. VI, p. 136 y siguientes.

(2) I *Reyes*, x, 23, 24.

(3) *Herod.*, III, 20.

(4) *Leyes de Manu*, VII, 18 y siguientes.

(5) TACIT., *German.*, c. 36: « Ubi manu agitur, modestia ac probitas nomina superioris sunt. » ID., *Annal.*, xv, 1: « Id in summa fortuna æquius, quod validius. » DION CASSIUS reproduce el mismo pensamiento (LXI, 1): οὐδὲν δικαίωμα τῶν ὀπλῶν ἰσχυρότερον ἐστὶ. πᾶς γὰρ ὁ δυνάμει προέχων δικαιότερα ἀεὶ καὶ λεγῆναι καὶ πράττειν δοκεῖ.

es celebrada, inmolaban prisioneros ántes de entrar en combate en sus primeros tiempos (1). Roma, á quien corresponde la gloria de haber impuesto á los vencidos la abolición de los sacrificios humanos, los habia practicado á su vez en ocasiones de gran peligro (2). La civilización fué destruyendo esta costumbre en la mayor parte de los pueblos, pero fué necesaria la influencia del cristianismo para su completa abolición.

La falta del sentimiento de la humanidad es un rasgo distintivo de la familia en la antigüedad. Escasamente reconocemos hoy á la sociedad el derecho de derramar la sangre de los criminales. La antigüedad concedía al padre de familia el derecho de vida y muerte sobre la inocencia misma, sobre el hijo recién nacido. La costumbre de exponer los niños era tan general, que los historiadores consignan admirados algunas raras excepciones (3).

Montesquieu dice que las penas disminuyen ó aumentan á medida que nos aproximamos ó nos alejamos de la libertad (4); esta observación es aún más aplicable al sentimiento de la humanidad. Todos los pueblos paganos, empezando por los Indios, los más indolentes de los hombres, y acabando por los Romanos, para quienes la muerte era un espectáculo, rivalizaban, digámoslo así, en la invención de los suplicios. No es bastante expresivo el decir que sus leyes estaban escritas con sangre; no les bastaba la sangre, necesitaban el sufrimiento de la víctima. La justicia moderna ha tenido también que acusarse de esta barbarie; pero al ménos no entregaba al verdugo más que los culpables ó los que reputaba como tales; en la antigüedad habia seres desgraciados á quienes, á pesar de ser inocentes, se les torturaba para arrancarles el testimonio de la verdad. No hay nada más horrible que las máximas de los oradores atenienses acerca del tormento de los esclavos (5).

(1) PHYLARCH., ap. Porphyr., *De Abstin.*, II, 56.

(2) DION CASS., *Fragm. Vales.*, XII.

(3) Los Egipcios criaban todos sus hijos (*Strab.*, lib. XVII, p. 566, ed. Casaub.). Lo mismo hacían los Tebanos (*AELIAN.*, *Var. Hist.*, II, 7).

(4) *Del espíritu de las leyes*, VI, 9.

(5) « La tortura, dice Demóstenes, es la más segura de todas las pruebas. ¿Han sido testigos de un hecho un hombre libre y un esclavo? Pues si se ha de proceder á una averiguación, no interroguéis al primero; buscad la verdad poniendo

Si la religión, la familia y los legisladores llevaban su crueldad hasta este punto, ¿cuál sería la barbarie de lo que, como por burla, se llama *derecho de guerra*? ¿Puede haber *derecho* donde reinan sin freno las pasiones más violentas? El derecho de gentes moderno se funda en el principio de que las naciones deben, en tiempo de paz, hacerse el mayor bien posible, y en la guerra el menor mal compatible con sus verdaderos intereses (1). Los antiguos seguían, al parecer, la conducta que Rousseau censura á la Europa civilizada: no se limitaban á hacer á sus enemigos todo el mal de que pudieran aprovecharse, sino que consideraban como una ventaja todo el mal sin provecho que podían hacerles. El derecho de guerra de la antigüedad ha sido formulado con terrible energía en la famosa sentencia del jefe galo: ¡*Ay de los vencidos!* (2). Era máxima universalmente admitida que el vencedor tenía poder absoluto sobre las personas de sus enemigos (3). Una declaración de guerra era una sentencia de muerte contra poblaciones enteras. La obra de exterminación no se limitaba á los campos de batalla, alcanzaba á las ciudades, y hasta las naciones mismas perecían. Hoy el primer pensamiento del conquistador es la incorporación del país conquistado; asocia los vencidos á los derechos y ventajas del vencedor. En el mundo antiguo la guerra esclavizaba á los vencidos, cuando no los exterminaba. La servidumbre, nacida de la conquista, es el rasgo característico de la antigüedad; nosotros consideramos la esclavitud como un crimen; los antiguos como una gracia.

Sin embargo, la fuerza no puede dominar en absoluto sobre los

el potro al segundo. Y con razón; porque más de un testigo ha declarado en falso, mientras que un esclavo en tal situación jamás ha sido convicto de mentira (DEM., c. *Onetor.*, 874, 19, s.).

Estas reflexiones acerca de la tortura se encuentran literalmente en el informe de Iseo sobre la sucesión de Ciron (§ 12).

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, I, 3.

(2) PLUTARCO, *Camill.*, c. 18. El vencedor de los Cimbrios y de los Teutones pronunció sobre los vencidos estas palabras igualmente sangrientas: *Es preciso morir* (DIODOR., *Excerpt. Phot.*, p. 542, fragm. lib. XXXVIII. — PLUTARCO, *Marius*, c. 44).

(3) XENOF., *Cyrop.*, VII, 5, 73; νόμος γάρ ἐν πᾶσιν ἀνθρώποις αἰδιόος ἐστίν, ὅταν πολεμοῦντων πόλις ἀλῶν, τῶν ἐλόντων εἶναι καὶ τὰ σώματα τῶν ἐν τῇ πόλει καὶ τὰ χρήματα.

pueblos; en tal desbordamiento de violencia el mundo perecería. Hay en las naciones, lo mismo que en los individuos, un instinto de conservación que les impide destruirse mutuamente como las fieras. Hay la voz de la naturaleza que el hombre no puede apagar completamente por bárbaro que sea. Tales son los gérmenes de donde más adelante nacerá la idea de un lazo que comprenda á todos los hombres, de derechos y deberes comunes á todo el género humano. El instinto de esta comunión se revela ya en los tiempos primitivos, pero no se manifiesta bajo la forma de relación jurídica, sino confundido con el sentimiento religioso. Hasta donde nuestras tradiciones alcanzan vemos la religión mezclada con la guerra, y tratando de introducir en ella la justicia y la humanidad.

Invocabáanse los dioses ántes de emprender la guerra; en ellos se fundaba igualmente la paz; los heraldos, colocados bajo la protección divina, eran agentes de paz y de concordia; el pueblo conquistador por excelencia tenía un colegio de sacerdotes que sujetaban las luchas de la fuerza á ciertas formalidades y reglas. La religión trazó el primer límite á los derechos del vencedor; éste podía destruir las cosas humanas, pero tenía que respetar los templos y las cosas sagradas. Las personas participaron también de esta benéfica influencia. Las castas y la esclavitud, que la civilización moderna maldice, fueron en su origen un bien para los vencidos. Admitiéndolas en la organización social, aún cuando con las condiciones más degradantes, la teocracia conquistó para los vencidos la existencia física. La esclavitud occidental es ya un progreso sobre la condición de las castas inferiores del Oriente. El *sudra* lleva consigo una mancha original; solamente Dios puede elevarlo en otra vida futura á una casta superior. El *esclavo griego* puede ser emancipado, y al recobrar la libertad entra en la sociedad de sus amos; en Roma su condición mejora todavía, el *liberto* llega á igualarse al *ciudadano*. En cuanto el vencedor dejó de matar á los vencidos, el interés y la humanidad aconsejaron respetar, no solamente su vida, sino también su libertad, haciéndole pagar un rescate ó empleándolo en el campo y en trabajos útiles al vencedor. La Grecia no avanzó apenas sobre esta especie de servidumbre. Roma dió un paso más hácia la asociación; preparó la fusión

de las razas enemigas concediendo á los vencidos derechos que los acercaban más á los vencedores. Los pueblos que durante mucho tiempo se habían destrozado en sangrientas guerras, acabaron por confundirse en la gran unidad romana.

Pero no nos hagamos ilusión con esta unidad. La paz del Imperio, tan celebrada por los poetas y por los mismos Padres de la Iglesia, era una paz aparente; ocultaba una lucha á muerte contra los Bárbaros que se amontonaban en las fronteras, impacientes por ocupar su puesto en el mundo. La guerra entre Roma y los Bárbaros era permanente y se hacía sin piedad. Será necesaria la invasión de los pueblos del Norte, será necesaria una religión nueva y una nueva civilización, ántes que la verdadera unidad, la unidad humana, llegue á ser reconocida y á penetrar en la conciencia general; solamente entonces aparecerá la humanidad en las sangrientas luchas de los pueblos y éstos podrán esperar, al menos como ideal, que las guerras disminuyan cada vez más, debiendo cesar en el límite extremo del perfeccionamiento del género humano.

N.º 2.—La guerra y la paz.

Las guerras incesantes de la antigüedad han inspirado consideraciones completamente diversas á un escritor ilustre. El conde *De Maistre* traza un cuadro espantoso de las matanzas interminables que manchan todas las páginas de la historia, y de aquí deduce que la sangre debe correr sin interrupción por la superficie del globo, ya en una parte, ya en otra, no considerando la paz más que como un momento de descanso. Lléjos de asustarse con tan horrible espectáculo, el filósofo católico ve en él una ley divina; la guerra, así como los sacrificios humanos, le parecen la expresión de la *redención por la sangre*. «Este azote terrible, dice, castiga siempre con violencia rigurosamente proporcional á los vicios de las naciones, de manera que, cuando se desbordan los crímenes, se derrama también la sangre» (1). *De Maistre* no ha notado que se-

(1) DE MAISTRE, *Consideraciones sobre la Francia*, c. 3; *sobre los sacrificios*, c. 2 y 3.

guía en esto las huellas de un pensador pagano. *Aristóteles* justificaba la esclavitud, porque era un hecho general; el pensador cristiano eleva igualmente la violencia á la altura de una teoría. La humanidad ha desmentido rotundamente al filósofo griego; esperamos que desmentirá también las sombrías predicciones del autor francés. Uno y otro se han equivocado, porque carecían de la idea del progreso, con la diferencia de que *Aristóteles* es más disculpable que *De Maistre*; éste, enemigo decidido de la filosofía, ha tenido que rechazar una creencia, ya casi universal, al paso que el discípulo de *Platon* ignoraba, como toda la antigüedad, que los hechos se modifican bajo la influencia de la perfectibilidad humana.

El hecho señalado por el filósofo católico es incontestable respecto del pasado y principalmente respecto del mundo antiguo: diríase que los pueblos son enemigos natos unos de otros; apenas cortas treguas interrumpen sus hostilidades, y aun su observancia no está garantida más que por el interés ó por la imposibilidad de romperla. Pero el hecho de la guerra incesante en la antigüedad tiene su razón de ser. Los filósofos que se inspiran en el sentimiento consideran como una mala pasión el deseo de las conquistas; según *Plutarco*, es una enfermedad natural de los príncipes (1). *Tácito* dice que es un deber en los reyes (2). Ambos tienen razón. Examinando los móviles que animan á los conquistadores, se observa que casi siempre se reducen á motivos personales; la filosofía condena con razón este egoísmo. Pero los libros santos nos enseñan que Dios sabe sacar partido de nuestras malas pasiones, aprovechándolas para la realización de sus planes (3). Entendida en este sentido la palabra de *Tácito* es profundamente verdadera. La guerra era en la antigüedad un instrumento de civilización. Algunos pueblos, particularmente favorecidos por la naturaleza, desarrollaron una rica civilización y la comunicaron al género humano, ora como vencidos, ora como vencedores. Alejandro es el ideal de los héroes civilizadores; extiende la influencia helénica

(1) PLUT., *Pyrrh.*, 7: τὸ σύμφορον νόσημα ταῖς δυναστείαις, ἢ πλεονεξία.

(2) TACIT., *Annal.*, xv, 1: *Id in summa fortuna æquius, quod validius. Et sua retinere, privata domus; de alienis certare, regiam laudem esse.*

(3) *Génesis*, I, 20.

por África y por Asia. Los griegos, debilitados por sus divisiones, caen bajo el yugo de Roma; pero con su derrota comienza para ellos una nueva gloria: las artes, la filosofía, la literatura de Grecia invaden el mundo con las legiones. El Imperio se derrumba al empuje de los Bárbaros, y entonces los romanos inician á sus fieros vencedores en la cultura que habían recibido de los griegos y que hemos acabado por heredar nosotros. Tales fueron las ventajas de la guerra. Considerada como una ley fatal de la especie humana, no es más que una horrible carnicería; viendo en ella una condición de progreso, un lazo entre los pueblos, podríamos asistir sin disgusto á esta fase sangrienta de la humanidad: el hombre se desarrolla y perfecciona á costa de sacrificios y de sufrimientos.

La guerra no es ya un instrumento de progreso entre los pueblos civilizados: ¿quiere esto decir que debemos rechazarla y proscribirla como un crimen? Eminentes pensadores lo han creído así; inspirándose en las creencias cristianas han vituperado la guerra, en nombre de la fraternidad y de la caridad predicadas por Jesucristo. Es verdad que, si se trata de dar una significación política á la predicación de la buena nueva, presenta como ideal la paz. Bajo este punto de vista ha considerado la cuestión el gran poeta de la Edad Media, el *Dante*, y tal es también la doctrina de un filósofo cristiano del siglo pasado, *Leibnitz*. Por nuestra parte creemos que hay exceso y exageración en la escuela de la paz lo mismo que en la de la guerra. Ni la paz es el bien absoluto, ni la guerra es el mal absoluto. La paz es ciertamente el estado natural de las sociedades, pero no es más que una de las condiciones de la asociación humana; es decir, un medio; no debemos ver en ella el fin supremo de nuestros esfuerzos. Por realizar la paz á todo trance, formuló *Hobbes* la teoría del despotismo; y la teoría de *Dante* y de *Leibnitz* viene á parar lógicamente al mismo resultado, porque es idéntica con la monarquía universal, la cual sería la muerte de la libertad. Si la paz no es un ideal, la guerra no puede ser un crimen. La guerra á su vez tampoco es más que un medio, y este medio puede ser legítimo. Todos los días en el interior de los Estados se usa de la fuerza para la realización del derecho, y nadie ha dudado de la legitimidad de su empleo. Pues también

es legítima en los campos de batalla, cuando sirve de arma á la libertad y á la independencia de las naciones.

§ II. — Las relaciones internacionales.

N.º 1. — El aislamiento, ley de la antigüedad.

Todos los pueblos antiguos se tienen por hijos de la tierra que habitan. Poetas, historiadores, oradores y filósofos han celebrado á los Atenieses como autóctonos (1). No era la ciudad de Minerva la única que tenía esta pretension; era una creencia general (2). Estamos tan imbuidos en el dogma de la unidad humana, que se nos hace difícil comprender un sentimiento que lo destruye, ó que, por lo ménos, lo debilita. Aquella creencia era la expresion de la vida aislada de las naciones primitivas; no conocían más que á sí mismas, y el horizonte de su valle era para ellas el límite del mundo. El orgullo, exaltado en la soledad, sostiene esta falsa opinion; una preocupacion nacida de la ignorancia se convierte en un título de gloria. Esto caracteriza perfectamente á la antigüedad; su ley es el aislamiento.

Los antiguos no llegaban á concebir una existencia más amplia; el aislamiento se acomodaba tan bien á sus sentimientos y á sus ideas, que lo convirtieron en una especie de ideal. Todas las tradiciones de la antigüedad empiezan por un cuadro idealizado de las primeras sociedades humanas: los hombres, confundiendo sus esperanzas con sus recuerdos, trasladaban al principio del mundo la felicidad, cuya necesidad sentían, sin encontrar la posibilidad de su satisfaccion. El aislamiento era uno de los caracteres atribuidos por los poetas á la edad de oro: «Los pueblos, dice *Ovidio*, no conocían más tierra que la de su patria; el pino no había sido aún arrancado de las montañas para bajar á flotar sobre

(1) EURÍP., *Fragm.* 353 (edic. Didot). — TUCID., I, 2. — HEROD., I, 56; VII, 161. — ISÓCRAT., *Panath.*, § 125 — PLAT., *Menexen.*, pág. 237, B.

(2) Los Indios se decían autóctonos (DIODOR., II, 38), los Egipcios (DIOD., I, 10), los Etiopes (DIOD., III, 2), los Sicilianos (DIOD., V, 6), los Cretenses (DIOD., V, 64), los Bretones (DIOD., V, 21), etc.

las olas y visitar los climas extranjeros» (1). El aislamiento está tan distante de ser un ideal, que se halla en contradiccion con la naturaleza del hombre, que es un sér esencialmente sociable, y en oposicion con la mision de los pueblos y de los individuos. En efecto, el desarrollo de sus facultades, que es la ley suprema de su destino, solamente es posible en el estado de sociedad: la soledad absoluta sería la muerte. Las naciones, pues, están llamadas á mezclarse cada vez más y á extender incesantemente sus relaciones.

Sin embargo, hay algo de verdad en la pintura que los poetas hacen de la edad de oro: el aislamiento es un rasgo característico de los tiempos primitivos. Todos los pueblos, cuando aparecen en la escena del mundo, viven con existencia separada, casi desconocidos unos de otros. Puede decirse que este aislamiento era necesario, providencial. Las fuerzas de las diversas naciones han necesitado concentrarse en límites estrechos para poder desplegarse con energía. Teniendo por mision cada fraccion de la humanidad el desarrollo de una fase particular de la vida general, cada una debe tener su carácter original, y para conservar esta originalidad es conveniente que los pueblos en su infancia, cuando el espíritu se abre á todas las influencias y recibe fácilmente toda especie de impresiones, vivan más ó ménos aislados. Esto explica por qué, á pesar de las guerras, las colonias y el comercio, que pusieron en relacion á los pueblos de la antigüedad, el aislamiento primitivo conservó su influencia hasta el fin de la edad antigua: se le encuentra hasta en los Estados fundados por conquista. Las palabras reino, imperio, república, nos engañan, haciéndonos ver la unidad política, donde habia profunda diversidad. La India ha formado siempre un conjunto de pequeñas asociaciones sin conciencia de una patria comun. El Imperio persa no era más que una *yuxtaposicion* de pueblos y ciudades. El individualismo constituye la grandeza del genio helénico, pero tambien preparó la ruina de la Grecia. Roma conquista una parte del mundo, sin dejar de ser una república municipal.

La existencia aislada de los pueblos de la antigüedad produjo y

(1) OVID., *Metam.*, I, 94-96.